

Después de esta breve pausa, se presenta otra vez ante la Comisión de Disciplina la señorita María Paz Alvarado.

Como Comisión de Disciplina, dejamos constancia de que no se considerará en el informe de este testimonio ninguno de los hechos relacionados con lo que la señorita Alvarado denomina «El incidente de la olla», por falta de pruebas, ¡pero recomendamos que de todas maneras se realice una investigación sobre ese incidente! En particular, para determinar lo que sucedió con el techo del comedor del colegio, dado que la señorita Alvarado alega no saber nada al respecto.

Señorita María Paz Alvarado, puede continuar. ¡Pero, por favor, abrevie!

* * *

Sí, si ya les dije que iba a «abreviar». ¡Llevo abreviando toda la mañana!

Como le iba diciendo a esta Comisión de Disciplina antes de que me interrumpiesen de manera tan descortés: ese lunes me asomé por la ventana del baño de mi casa y vi que allá al frente, en la calle que baja a la playa, estaba el Repitente esperándome a la sombra del maqui. Y obvio que había traído a todos sus amigos.

Los amigos del Repi son todos como computadores de colegio: sorprendentemente grandes, tan desagradables por dentro como por fuera, con cierta tendencia a quedarse pegados cada vez que intentas que piensen dos cosas a la vez, y sólo traen problemas. Por eso, esto es algo que exijo que quede bien anotado en el informe de la Comisión: un montón de los problemas que tuvimos durante esos días fueron por culpa de los amigos del Repi.

El Repi estaba furioso conmigo. Por culpa del «incidente de la olla», yo había pasado las últimas dos semanas suspendida de clases y encerrada en la casa, ¡pero eso no iba a hacer que el Repi se olvidara del asunto! Por mucho que todo lo de la olla en el casino del colegio no hubiese sido culpa mía.

No lo culpo, de todas maneras, porque el Repi había perdido MUCHO DINERO en el Incidente, y era dinero que yo *sabía* que necesitaba. Él no había querido entrar en ese negocio y había sido yo la que lo había convencido. ¡Yo, en su lugar, también habría estado enojada!

La que me daba más miedo de entre todos los amigos del Repi era la Loca Torres, del primero B, la niña que destapa las botellas con los dientes. ¡Una nunca sabía cómo iba a reaccionar la Loca Torres!

Estaba claro que me iban a dar una buena paliza si llegaban a agarrarme. Y yo estaba determinada a evitar que me pegaran. No sé si les he dicho, pero soy muy alérgica al dolor.

Así que me apoyé en el lavamanos y fui repasando todo lo que había estado planeando durante esas dos semanas encerrada sin tele, sin internet y sin postre, por culpa del Incidente.

Y es que cuando a una la encierran, lo único para lo que tiene tiempo es para pensar. Pensar en cómo salvarse de que los amigos del Repi le pongan las patas encima. Pensar en toooooo lo malo que ha pasado en el pueblo después del terremoto. Pensar en por qué en el colegio nuevo *todos mis compañeros* se la pasan el día entero buscando cualquier manera de conseguir plata. Pensar, pensar, PENSAR... Si una lo que quiere es sacar ideas para dar un gran golpe criminal, dos semanas mirando al techo son una maravilla.

Yo creo que esto es algo que debiese tenerlo muy en cuenta esta Comisión de Disciplina: dos semanas enteras encerrada, castigada por algo de lo que yo ni siquiera era la culpable, lo único que habían conseguido era darme UN MONTÓN DE IDEAS.

Así que me arreglé la corbata, me tomé bien el pelo y me estiré el plisado de la falda. ¡Como una niña buena! Porque cuando una se dedica a mi... línea de negocios, bueno... no puede darse el lujo de verse *poco confiable*.

En ese momento, desde la calle se oyó la risa del Repi: algo que sonaba a una mezcla entre el eructo de un lobo marino y el estornudo de un hipopótamo. Dos animales que, aunque no lo parezcan, son *realmente* peligrosos cuando los hacen enojar.

Estaba claro que esa mañana yo no podía salir por la puerta de la calle. Así que, dándome un par de palmadas en el rostro para animarme, me miré al espejo una vez más y me dije:

—Muy bien, María Paz, ¡tú puedes hacer esto! Lo has planeado todo. —Y luego, mirando a mi reflejo directo a los ojos—: Que empiece la función, entonces, señoras y señores. ¡Luz, cámara, acción!

Y salí a escena.

Determinada, fui a mi pieza a tomar mi bolso y después bajé las escaleras.

Acá en la costa no existe una sola escalera a la que no le cruja al menos un peldaño. Por mis negocios, siempre memorizo cada nueva escalera que conozco, porque nunca se sabe cuándo necesitarás esa información. Pero esta vez intencionalmente pisé el tercer peldaño, que es el que cruje.

Tal como esperaba, mi mamá, al oír el sonido, asomó de inmediato la cabeza desde la puerta de su oficina y me detuvo:

—¿Mary? ¿No vas un poco temprano al colegio? —preguntó, desconfiada—. ¡Desayuna primero!

—Ya me comí algo, mamá —le respondí, tratando de sonar como la niña responsable y ordenada que siempre he tratado que crean que soy—. Lo que pasa es que, después de estas dos semanas, decidí que sería mejor tener un cambio en mi actitud.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto, ¡y llegar temprano a clases es parte de ese cambio!

Mi mamá entrecerró los ojos, no muy convencida.

—Eso te lo voy a creer cuando me lo demuestres, Mary.

—¿No me crees? —respondí, poniendo mi mejor voz de ofendida.

—Después de todo ese asunto en el casino del colegio y lo que pasó con esa olla —gruñó mi mamá—, la confianza es algo que vas a tener que esforzarte en recuperar, María Paz.

—Pero, mamá, ¡si ya te dije que eso no fue mi culpa! —Mi voz sonaba mitad ofendida de verdad, mitad *show*—. ¡Fui inculpada!

—Nada de alegar, María Paz. ¡Tal vez no te hayan echado del colegio, pero eso fue solamente porque te cuenteaste a la directora! Ahora estás *condicional*, pero ¡si te agarran otra vez...!

—... Me echan. Lo sé, mamá —dije, poniendo mi cara de avergonzada.

—¡Claro, te echan! —El dedo de las advertencias de mi mamá se levantó, amenazante—. Pero ahora ya no va a ser como antes, Mary, cuando estabas en el otro colegio. Después del terremoto, el colegio de ahora es el único que queda en pie en varios pueblos a la redonda. Si te echan de aquí, el próximo año vas a tener que irte a un internado. ¿Lo sabes, no? ¿Te gustaría tener que hacer octavo en un internado?

Hice un gesto de restarle importancia al asunto.

—Mi hermano estudió en un internado y le fue bien igual. ¡Si hasta trabaja en el Ministerio de Educación ahora!

Mi mamá puso mala cara, como siempre que mencionamos los tiempos de escolar de Rodrigo.

Después, acercándose a mí, me puso la mano sobre el hombro y dijo:

—Tú sabes muy bien que tu hermano lo pasó pésimo en el internado.

—Sí, lo sé —y después, con mala intención, agregué—: Pero igual tú y mi papá lo dejaron encerrado allá hasta que salió de cuarto medio.

Ella me sacó la mano del hombro y me miró con cara rara por un buen rato, antes de cambiar el tema:

—Toma —me dijo, tendiéndome un billete—. Para que te compres alguna golosina.

Le aparté la mano con suavidad.

—No, gracias, mamá.

—¿No quieres dinero? —preguntó ella. Y luego, enojada otra vez—: No pensarás seguir con tus «negocios», ¿eh?

Volví a mi voz de indignación:

—¿Seguir con *eso*? ¿Después de que me *incriminaran* por el «incidente de la olla»? ¿Cómo se te *ocurre*?

Mi mamá pasó a su cara de «no sé qué hacer contigo», que era lo que yo esperaba. Después de guardar el billete otra vez, murmuró:

—Trata de entenderme, Mary. Me preocupa que salgas tan parecida a tu hermano.

—¿Eso sería muy terrible?

Ella lanzó un resoplido antes de responder:

—Rodrigo enmendó el rumbo, con los años, pero antes de eso se metió en tantos problemas. No seas como él.

—Recuerdo que a Rodrigo le decías más o menos lo mismo.

—¿Que no fuese como tú?

—Que no fuese como mi papá.

—Bueno, ¡por algo tu padre no está viviendo con nosotras, Mary!

—Tú sabes que no es por eso que no vive aquí, mamá.

Nos quedamos así, sosteniéndonos la mirada hasta que ella, desistiendo, bajó la vista y se metió otra vez a su oficina.

Esperé a que ella cerrara con pestillo antes de moverme. Fui a la puerta de la calle, la abrí un poquito y la cerré luego de un portazo, pero sin salir, para simular que ya estaba afuera. Después —y esta vez saltándome con cuidado el tercer peldaño—, subí la escalera, de vuelta al segundo piso.

Desde la ventana de mi pieza es fácil llegar a la rama gruesa del coigüe, basta sólo con saber dónde saltar y no mirar nunca hacia abajo, porque da vértigo. Desde la rama que les digo, una puede descolgarse al techo de la bodega y bajar por la pandereta para llegar al patio de atrás de la casa.

Sin mi papá para encargarse de ellas, las plantas del patio habían formado una selva tan densa que ya ni mi bicicleta se veía entre tanta rama. Después de bajar de la ventana, fui agachada hasta la tabla suelta que hay en la reja trasera y, con cuidado, salí por allí al terreno baldío que hay detrás de la casa. Me costó mucho, porque no quería ensuciar mi uniforme y las ramas estaban mucho más grandes de lo que recordaba.